

PRÓLOGO

UN NANTÉS NO PUDIENTE

por Luc Moullet

La vida de Michel Delahaye (1929-2016) es una sucesión de periodos muy diversos.

Hasta 1957 desempeñó todos los oficios, manuales u otros. Fue condenado por robo, lo que es cuando menos contradictorio con sus orígenes familiares, con un padre ferviente católico.

Era lo que los americanos llaman «a jack of all trades», el equivalente de un judío errante. Podemos decir que lo vivió todo.

En 1956 deja Nantes, se instala en París y se hace cronista para la prensa sensacionalista, *Radary Détective*, especializadas en los sucesos criminales, antes de empezar a escribir sobre cine, en el mensual *Cinéma* y después en los *Cahiers du cinéma*, de 1960 a 1970, defendiendo obras de todo tipo, francesas, de los países del este europeo, de Canadá, películas de mujeres (Juleen Compton, Judit Elek, Paula Delsol, Marguerite Duras, Leni Riefenstahl, Agnès Varda), presentando numerosas películas en los cine clubs. Se había convertido de algún modo en el Ministro de asuntos exteriores de los *Cahiers*. Era un autodidacta omnisciente, que iba a entrevistar a los más grandes cineastas, como Carl Dreyer y Fritz Lang, que se interesaba por directores más marginales como los Straub, yo o Vera Chytilová, o por grandes autores de su región natal como Demy o Resnais. No era excluyente.

Su reputación nació de esa actividad escrita u oral. Tuvo que poner fin poco después de mayo del 68, cuando los *Cahiers* seguían una orientación marxista, que les llevó a rechazar a este alborotador procedente del catolicismo y de la Vieja Francia.

Quedó muy afectado, terminando por despreciar a cineastas como Godard y Rivette, con los que y sobre los que había trabajado mucho, y que continuaban su carrera sin hacerse cargo de él. Llegará incluso a excluirlos de su recopilación de textos¹, cuando era quizás lo mejor que había escrito.

Desde 1964 había comenzado a trabajar como actor, cameos, pequeños papeles la mayor parte del tiempo, salvo en *Une belle fille comme moi* de Truffaut, *Sirocco* de Jancsó, *Simone Barbès* de Marie-Claude Treilhou. Trabajó en un centenar de películas, dirigidas, entre otros, por Godard, Rivette, Chabrol, Vecchiali, Mocky, Borowczyk, Rouch, Jacquot, Allio, Pasolini, Biette, Miller, Sautet, Losey, Bertolucci, Eustache, Straub, Carax. Estuvo a punto de hacer una película de Buñuel pero este le dejó plantado, lo encontró demasiado alto para entrar en sus encuadres. Era casi un actor internacional, dos películas canadienses, una húngara, dos italianas. Sus creaciones suelen estar marcadas por el predominio de la comedia, de lo raro. Se situaba en el lado opuesto de los especialistas del papel pequeño, Dario, Garette, Bussières, Larquey, Sinoël, comparsas de Pagnol, Zardi, Abeillé, Attal, Sim o Simlo, generalmente bajitos y a veces barrigones. Era muy alto, delgado y, en su línea, apenas se podía encontrar más que a Philippe Clay, Daniel Emilfork o Francisco

1 – *À la fortune du beau*, Capricci, 2010. [N. del T.]

Reiguera: tenía de hecho un lado quijotesco. Podemos hermanarlo con Antonin Artaud o Marcel Levesque, y por supuesto con Louis Jovet, quien le inspiró tal vez su elocución particular, con insólitos acentos tónicos en una palabra o en una sílaba de una frase. Un ciego podría haberlo identificado con solo escucharlo. Sus personajes solían ser representantes de un orden artificial, bastante tajantes, que correspondían bien con su alta estatura, inscritos en el mundo social dominante, a veces un «si es no es» paródico (religiosos, notables, funcionarios), entre quienes el propio Delahaye estaba excluido. Lo encontrábamos también en películas de terror, pues tenía un aspecto fantasma, Nosferatu.

Se añaden después su única novela, *L'Archange et Robinson font du bateau* (1974), ambientada en un marco nantés, y *Sara*, un cortometraje que dirigió.

Pero mientras era halagado en todas partes como crítico, sobre todo en el extranjero, como actor de reparto estaba considerado como el último mono, en una época en que se veneraba únicamente a los Belmondo, Delon, Depardieu o Dany Boon.

Su alta estatura, su delgadez —que evocan un poco las de Éric Rohmer— y la disminución de sus ingresos, precipitaron el deterioro de su salud.

Hasta 1994 tuvo que limitarse a actividades humanitarias, que él apreciaba de hecho, acogiendo marginales y vagabundos en el marco de un organismo de ayuda social.

Se volvió poco a poco un recluido, amargado por la indiferencia que le demostraban sus antiguos amigos.

Fue un poco olvidado porque presentaba demasiadas facetas contradictorias.

Un hombre imposible de clasificar.

SOBRE MICHEL DELAHAYE

por Pierre Rissient

De manera asombrosa se produjo, tardíamente, a comienzo de los años ochenta, un acercamiento, tan inesperado como improbable, entre Michel Delahaye y yo.

Todo había comenzado mal a finales de los años cincuenta con textos suyos que me parecían una jerigonza, sumados a su fidelidad a un maestro que había empezado prematuramente a perder el rumbo. Ante todo me parecía muy alejado de la idea de puesta en escena, que era y sigue siendo lo específico del séptimo arte.

Sin duda, la expulsión que había sufrido junto a Éric Rohmer, Jean Douchet y probablemente Philippe Demonsablon, le brindó una oportunidad que supo aprovechar magníficamente para resurgir como un ser singular, funámbulo, fantasma de sí mismo y poeta maldito.

No son estos probablemente los adjetivos que muchos pensarían para Michel, pero, por ejemplo, siempre consideré a Henri Langlois mucho más como un mago y también como un poeta, que como un conservador o hasta incluso como cinéfilo.

Por otra parte, una cualidad que se conserva hoy muy raramente en la cinefilia es el sentido de la amistad. Michel me hablaba con mayor justeza de los films de Marie-Claude Treilhou hablándome de ella más que de sus films. Michel se había dado una familia con Paul Vecchiali, Marie-Claude Treilhou, Axelle Ropert, Pascale Bodet y algunos otros. Los merecía como ellos lo merecían.

En el desorden de mis papeles, extravié un borrador con un texto sobre *Le carré de la fortune*, documental de Pascale Bodet y Emmanuel Levaufre sobre Michel. Aprovecho este homenaje para recomendar este film, y en caso de que algún programador me lea, lo programe en una función en honor a Michel.

¿De qué hablábamos con Michel? De todo y de nada, del viento que sopla, no solamente de cine, y así se fue creando una verdadera complicidad y una verdadera comunicación.

Me gustaban sus enojos, su compasión por todas las cosas, su falta de hipocresía y de conformismo.

Entonces yo viajaba sin cesar, y poco a poco, nuestros encuentros se espaciaron. Hacía varios años que, desgraciadamente, se movía cada vez menos, como me sucedería a mí también más recientemente. Sin embargo, sabía que seguía con vida por las noticias que tenía de parte de Axelle Ropert y Serge Bozon.

Recuerdo el bello título de un film de Garson Kanin, escrito por Dalton Trumbo, con John Barrymore: *A Man to Remember*. A menudo Raoul Walsh me hablaba con admiración de John Barrymore, con quien le hubiera gustado filmar una adaptación de *John Barleycorn* de Jack London, curiosamente uno de los autores favoritos de Michel, y resumía en un solo adjetivo la persona de John Barrymore: excéntrico.

Creo que ese adjetivo le conviene de la misma manera a Michel.

Este testimonio improvisado corre el riesgo de ser parcial, pero la parcialidad, a veces, puede ser objetiva.

Acaso no todo lector sepa que este libro que abren ahora sus manos, *El cuadrado de la fortuna*, es una película, un retrato del crítico de cine, actor y autor de una novela Michel Delahaye, realizada en 2007 por Pascale Bodet, una de las cineastas más interesantes que hay actualmente en Francia, en colaboración con Emmanuel Levaufre. Los numerosos fotogramas que lo ilustran no nos engañan: estamos ante una película hecha libro, un libro que habla un poco como una película, con intertítulos, sucesión de imágenes y hasta subtítulos. ¿Por qué el libro?

Si bien es cierto que algo se pierde (las decisiones de puesta en escena de la directora —la manera distinta de filmar la primera y la tercera parte, por ejemplo—, el hablar inconfundible de Michel Delahaye, sus imitaciones de Renoir y de Guitry, el canto y el encanto de su voz), también es cierto —y es la apuesta de este libro— que algo (mucho) se gana. Porque la voz que habla en este libro es la voz última de alguien que ha pensado, con amplitud y lucidez, acerca de muchas cosas, no solo del cine, sino también de la vida, de su país y de la literatura, de la Biblia y la familia. Se trata por lo tanto de su último texto, sus últimas palabras que ahora, convertidas en libro, adquieren una textura diferente, un peso mayor, el peso silencioso de la escritura.

La lengua de Michel Delahaye, esa lengua vivaz que él mismo definió mejor que nadie en su artículo sobre su paisano Jacques Demy, acaso le suene al lector de

habla hispana como la de un personaje de la picaresca, un personaje de Chaves Nogales, por ejemplo. Esperamos en cualquier caso no haber perdido demasiado en la traducción de esa manera de hablar suya que parece inventarse sobre la marcha, cuajada de expresiones cultas y expresiones coloquiales.

El cuadrado
de la fortuna

Retrato

con Michel Delahaye

**Le carré
de la fortune**

Portrait

**avec
Michel Delahaye**

EN

EL CAFÉ



MICHEL — Renoir era famoso por sus digresiones, por los paréntesis en los paréntesis. No exponía algo más que de esa manera. Empezaba diciendo: «Estoy aquí para enseñar el cine, ¡pero yo no sé muy bien lo que es el cine! Así que voy a hablarles de los actores».

Él sabía qué eran los actores, por supuesto. Estamos en lo concreto de las soluciones. Y de desviación en desviación, de digresión en digresión, terminaba por hablar en las digresiones del tema principal que había dejado para después, fingiendo tratar un tema secundario como tema principal. Es una pedagogía genial. Y hablaba de todo. Porque relacionaba todo con los actores, la cámara, el decorado, y así sucesivamente.

PASCALE — ¿Usted veía a Jean Renoir?

MICHEL — En los tiempos del *Petit Théâtre* lo veía mucho. Iba a la avenida Frochot, un lugar magnífico. También lo vi en Estados Unidos.

PASCALE — ¿Cuándo lo vio en Estados Unidos?

MICHEL — En 1968.